



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14055

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 2 DE OCTUBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
43 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑÍA. Caridad 4, principal

PARA EL ECO DE CARTAGENA

La fiesta del Rosario

Batalla de Lepanto

La jornada de Lepanto fué una brillante prueba de la protección de la Virgen María en favor de los que la invocan con confianza. Hacía cerca de un siglo que los turcos tenían suida en la consternación a toda la cristiandad por una serie de victorias.

Habiéndose apoderado Selime, hijo y sucesor de Solimán, emperador de Constantinopla, de la isla de Chipre, iba a caer sobre los venecianos con un poderoso ejército, confiando nada menos, que con la conquista del universo.

El Santo Papa Pío V, alarmado ante el peligro que amenazaba a la cristiandad, hizo liga con los venecianos y los españoles para rechazar los esfuerzos del enemigo común, y aunque las fuerzas no eran iguales, los cristianos no dudaron del buen éxito de su empresa, apoyándose en la protección de la Virgen María.

El Papa prescribió desde el principio de la expedición ayunos y rogativas públicas para apacar la justicia divina; toda la Europa estaba en oración, y los fieles corrían en tropel a los templos para implorar el auxilio del cielo.

El Santo Pontífice envió su bendición al general D. Juan de Austria, asegurándole la victoria de un modo positivo, y le mandó al mismo tiempo que despediese a todos los soldados que solo parecieran animados por la esperanza del saqueo, así como a todas las personas cuyas costumbres fueran relajadas. Se ejecutó religiosamente el mandato del Pontífice; todas las tripulaciones sin excepción un solo hombre, confesaron y comulgaron con fe viva; se prohibieron los juegos de naipes, y reimpuso pena de muerte contra los blasfemos. El Nuncio del Santo Padre bendijo solemnemente la escuadra y aquellos milares de valientes, seguros de la protección del cielo, se dan a la vela para Oriente. El Soberano Pontífice, cual otro Moisés, no cesa en tanto de azar las manos al cielo y de dirigir a Dios fervientes oraciones para atraer sus bendiciones sobre las armas de los cristianos. Finalmente, los dos ejércitos traban la pelea en el golfo de Lepanto el día 7 de Octubre de 1571. Los Turcos acometen al ejército cristiano con furor, y alcanzan, al parecer, alguna ventaja en un principio; pero la victoria no tardó en declararse en favor de los cristianos; los infieles son completamente derrotados, perdiendo más de 30.000 hombres y casi todo el material y los cristianos hacen un inmenso botín y ponen en libertad a 15.000 cautivos que encontraron en las naves de los mahometanos.

El Santo Padre tuvo revelación de la victoria en el mismo instante de alcanzarse. Estaba ocupado en trabajar con los Cardenales; de pronto los deja, abre la ventana, y les dice después de haber mirado al cielo algunos momentos: «No hablemos más de negocios pues sólo debemos pensar ya en dar gracias a Dios por la vic-

toria que acaba de conceder al ejército cristiano».

Este hecho por extraordinario que parezca, fué atestiguado del modo más auténtico, y es citado como incontestable en el proceso de canonización del Santo Papa. Pío V estaba tan persuadido de que la victoria de Lepanto había sido efecto de la protección de la Virgen María que sustituyó con este motivo la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria, que trasladó luego al primer domingo de Octubre su sucesor Gregorio XIII bajo el título de la Fiesta del Sto. Rosario. Con igual motivo añadió también Pío V en la letanía de la Virgen estas palabras «Auxilium Cristianorum».

Notas alegres

¡A certificar nenes!

Al leer el precedente título creerán, quizás Vds. que lo que voy a narrarles es un cuento ó floción de mi loca fantasía.

Puede que a la terminación del artículo se queden aún en la duda; porque la verdad es que se trata de un caso y bien raro por cierto; pero voy ya a las bellas lecturas impacientes por conocer y descifrar el admirativo título que estas deshilvanadas líneas ostentan, poniendo pues punto final, y dejándome de estampar palabras que, como las anteriores, de nada han de servir por despejar «la incógnita».

Uno de los servicios que presta el Correo inglés es el de transporte de animales vivos, que, perfectamente acondicionados, a fin de que a los empleados no puedan ocasionar peligro alguno, circulan como paquetes postales, efectuándose su traslación sin incidente alguno, salvo los correspondientes tumbos y las abolladuras consiguientes que suelen sacar.

Hasta ahora el servicio del transporte de animales se efectuaba con su acostumbrada regularidad hasta que un obrero ha descubierto el medio de certificar también a los niños, y valiéndose del servicio que antes he mencionado.

Véase cómo:

Nuestro hombre salía diariamente, a la puesta del sol, con su hijo más pequeño, encaminándose hacia las afueras de Birmingham, una de las poblaciones más lindas de la capital de la Gran Bretaña.

Esto del paseo no tiene nada de particular; pero lo que sí tiene es que una de aquellas tardes en que salió a dar su acostumbrado paseo debió de alejarse algo más de lo ordinario de la ciudad, puesto que las primeras sombras de la noche les sorprendieron en el campo.

Estaba empleado en una fábrica de electricidad, cuyo trabajo lo efectuaba desde las primeras horas de la noche hasta la salida del sol; por consiguiente, aquella tarde en que se retrasó hallábase el hombre perplejo en lo que debía hacer, pues pensar en ir a llevar a su casa al niño era idea algo

descabellada, porque existía una distancia de dos lenguas, y llevarlo a la fábrica no podía, como tampoco faltar a ella ni aun llegar tarde.

Y aquí entra ahora lo original del caso.

Convencido el medidor de salir del agujero se acordó de que en las oficinas postales existía tarifa por el transporte de animales vivos, y encaminándose hacia la Estafeta próxima certificó al niño por 90 céntimos importe de la tarifa que le correspondió.

No sé en qué clase de «animales» lo clasificarían, aunque es de creer fuera en la de monos por el parecido que con tal animalito, al decir de algunas, solemos tener.

¿Lo encerrarían en una caja y lo precintarían?

Lo probable es que no fuera así, sino que el ambulante ó el cartero lo llevara en sus brazos y que le cantara aquello de «Duérmete, niño, que viene el coco».

Menos mal que el niño tenía tres años y bailaba solo, que suele decirse; pero si se hubiera tratado de algún nene de pecho, comprendamos los apuros que habría pasado el empleado de Correos.

Por lo demás, con esta innovación el ambulante irá más distraído, y será gracioso ver una oficina-ambulante con 10 ó más niños llorando «¡a lágrimas vivas!» y al ambulante tirándose de los pelos porque entre aquella algarabía le es imposible dirigir una carta.

¡A certificar nenes! Al fin y al cabo, nos convertiremos en nodrizas por necesidad.

F. del Río Armenta

PROBLEMA

Un apreciable colega de la mañana, brinda a los señores inspectores de Sanidad en su número de hoy, la solución de un problema que tiene intimas relaciones con la higiene local.

Dice el referido periódico, que no se explica satisfactoriamente cómo pueden ofrecer los comisionistas de «especies» a los comerciantes de ultramarinos que se dedican a la confección de embutidos, la pimienta, el clavo, el pimentón, etc., que entran en la composición de aquellos, a más ha-

jo precio estando molidas que si las adquieren en grano.

Añade el colega, que las «especies» molidas, deben necesariamente de tener más gasto, que cuando están en grano y por esta causa, no se explica la incógnita, y encomienda su solución a los señores Oliva, Cándido y Sancho del Río.

Nosotros que no presuponemos de inspectores de Sanidad y Dios nos libre de solicitar el cargo, si alguna vez queda vacante, nos parece haber encontrado —torturando el magín— algo, que si no es la solución concreta debe parecérselo mucho.

Las «especies» en grano, no admiten mezcla ni adulteración, como las admiten después de molidas, perdiendo por consiguiente su pureza, y atenuando bastante sus propiedades y claro es, que si un comisionista vende pimienta —por ejemplo— al precio X kilo en grano, al expendirla molida con un 25, 30, ó 50 por ciento de merma, gracias a la sustancia extraña que se le adiciona para adulterarla, podrá expendirla a X—S, resultando de esta forma una ganancia saneada para el vendedor y una pérdida positiva para el público que es el que la consume.

Esto, como es natural, no pasa de ser una opinión nuestra, particularísima, que no puede tener valor alguno científico, porque somos profanos absolutamente en la materia; doctores tiene nuestro Excmo. Ayuntamiento y Junta Municipal de Sanidad y ellos se encargarán seguramente, de despejar la incógnita con más exactitud, diciéndonos «donde está la pastora».

CONTRA EL COLERA

La vacunación

Un doctor eminente, extranjero por más señas y cuyo nombre es Sinois Ky—ya habrán comprendido nuestros lectores que se trata de un ruso—acaba de hacer curiosos é interesantes experimentos, con la vacuna anticolérica para preservar del contagio a las personas inmunizadas con su sistema.

Como el tema resulta ahora de palpitante actualidad, copiamos íntegros los más interesantes párrafos del notable trabajo publicado por el doctor Sinois Ky.

Dice así:

«Siendo médico del hospital del zemsko, en el gobierno de Ekaterinoslaw, sobre el Dnieper, tomé durante el pasado año una parte muy importante en la lucha contra el cólera. He observado muchos casos y he llegado a esta conclusión: que se puede impedir la propagación de la epidemia por medio de la vacunación.

El consejo de médicos del hospital, reunido con urgencia, en presencia del gran peligro que amenazaba la población había resuelto vacunar todo el personal, como también a los 600 alienados que teníamos en tratamiento.

Hicimos, pues, las inyecciones de vacuna anticolérica y sobre los 600 alienados, tuvimos 14 casos de cólera, antes de la vacunación y ni uno solo después de ella, mientras que fuera del hospital se multiplicaban los cólicos.

Entonces el zemstsko deseoso de adoptar medidas sanitarias y profilácticas, propuso la vacunación gratuita de todos los habitantes de la ciudad, votando al efecto un crédito especial.

7.000 personas que consintieron en vacunarse desfilaron por el hospital y hubo otras clínicas privadas que se pusieron a vacunar igualmente por un precio módico. Entre todos, fueron vacunadas unas 10.000 personas.

Los resultados obtenidos fueron admirables puesto que ni uno de los vacunados fue atacado. Y hay que hacer notar que todos pertenecían a la población pobre de la ciudad, que vivían por lo general en defectuosas condiciones sanitarias.

La vacunación puede hacerse en todo tiempo. La primera vez se inyecta un centímetro cúbico; ocho días después, dos centímetros, y otros dos, pasado un nuevo período de ocho días. La elevación de la temperatura es poco sensible después de la primera inspección, siendo nula en las otras dos.

La inmunidad queda establecida, según numerosas observaciones de sabios tales como Charokine en la India, Murata en Japón, Jersin, etc., a los tres días de la primera inyección y se consolida después de las otras dos.

Un olvido origina un suicidio

En Méjico se ha desarrollado un trágico suceso que ha conmovido profundamente a todos los que lo han

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 16

gato que vuelve a aparecer por los aleros, los nuevos gorriones que emprenden una batalla.

Un vientejillo templano levantaba las cortinas de Fritz y las dejaba caer de nuevo; de repente, el viento de la montaña, enfriado por las nieves que al deshelarse corren por la sombra pendiente llenaba de nuevo el cuarto.

A lo lejos, se oían en la calle las risas de las mujeres que con grandes escobas barían la nieve deshelada, el ladrillo de los perros y el cacareo de las galinas en el corral.

Todo indicaba que venía la primavera.

Kobus, a fuerza de soñar, se había dormido otra vez, cuando el sonido de un violín penetrante y dulce le despertó, cual el oír la voz de un amigo que después de una larga ausencia vintiera a decirle: «Aquí estoy, soy yo.» Con este dulce sonido se despertó llorando; apenas respiraba para no perder una sola nota.

Era el violín del bohemio Josef, que con acompañamiento de otro violín y un contrabajo, cantaba en su cuarto, detrás de las cortinas azules y decías.

«¡Soy yo, Kobus, soy yo, tu antiguo amigo! Vuelvo a ti con la primavera, con el hermoso sol... Escúchame, Kobus: cuando las abejas zumban alrededor de las primeras flores, cuando oyas el murmullo de las primeras hojas, cuando te alon-

EL AMIGO FRITZ

13

—Sí.
—Está bien. Esta es la vigésimatercia.
—La vigésimatercia que me rehúsa, Kobus?
—Es verdad, David, con disgusto, con gran disgusto. ¿Cuál era acaso por culpa de... pero ya sabe...

Entonces el viejo reboso se irritaba.
—Sí, decía;—sé que eres un gran egoísta, un hombre que no piensa sino en comer y beber, y que te has formado una idea muy elevada de ti mismo. ¡Pues bien! Te equivocas. Fritz Kobus, estás equivocado al reflexar los mejores partidos de Hunenbourg, porque te vas haciendo viejo; deja pasar tres ó cuatro años más, y tendrás el cabello gris. Entonces me dirás: «David, ¿buscamos una mujer, corre. ¿No conoces ninguna que me convenga?» Pero entonces será tarde, ¡malaflo shaandel! Demasiado buena es esta vida en que estamos!

Cuando más se enfurecía el viejo, más se reía Fritz.

—¡No puedo resistir tal modo de reír!—decía David extendiendo las manos a la altura de la cabeza. «Esto me desespera! No parece año que estas loco cuando te reís de esta manera?»

Y después de un momento de calma.
—Kobus, decía desahogado,—váy a hacer que me vaya con ese modo de reír. ¡No puede...